

DANIEL PENNAC

El caso Malaussène

1. Me mintieron



La noticia del secuestro de un empresario llamado George Lapietà incendia las redes sociales y deja desconsolada a su explosiva viuda. Este suceso es el punto de partida de una rocambolesca investigación policial que sirve de excusa para una alocada sátira social y política. Pennac evidencia los males y las paradojas de un mundo en el que la policía y la justicia, que deberían ir de la mano, se obstaculizan constantemente, o en el que una sabia editora ha de proteger a un polémico escritor que defiende a ultranza «la verdad verdadera», en un tiempo regido por la corrupción, la mentira y el doble juego.

El caso Malaussène es, como bien dice L'Obs, «un arma de destrucción cómica contra la estupidez y el individualismo», que llega para desafiar, deleitar y hacer reír a una nueva generación de lectores y a los ya incondicionales admiradores del que es sin duda uno de los más grandes escritores contemporáneos de las letras francesas y europeas.

*Al chaval
Para Alice*

*y en recuerdo de Bernard, mi hermano,
de Pierre Arènes y de Jean Guerrin*

Escribo como uno se ahoga, es decir, muy raramente

CHRISTIAN MOUNIER

I
LA ÚLTIMA

«¿Te has enterado de la última?».

CÉSAR

1

¿Lapietà*?^[1] ¿Georges? Ya lo conoces, es de esa clase de gente que se maneja entre secretos como el típico perro de granja en un charco de estiércol. (¡Ese movimiento helicoidal que lo hace embarrarse de cabo a rabo!). Pues él, lo mismo. En todo se mete. Ya que estamos, metámonos también nosotros en su cabeza. Y no es indiscreción, él mismo lo contó todo aquel día. Empezando por el esmero con que se preparó para ir a por su cheque. Y sus buenas razones para no llegar puntual: Tengo la sartén por el mango, llego a la hora que me parece, pillo la pasta y de vacaciones. Eso es lo que quería hacerle entender al amable comité: Ménestrier*, Ritzman*, Vercel* y Gonzalès*. Semanas enteras escogiendo el disfraz con cuidado. Ariana*, ¿unas bermudas? ¿Te imaginas la cara que pondrían si me ven aparecer con chanclas y bermudas? ¿Y una caña de pescar? ¡Tuc*, búscate la vida para conseguirme una caña de pescar! La más vieja que encuentres, una de esas de bambú, estilo Charlot, ¿sí o qué? Ah, imaginarlos de plantón con ese cheque corroyéndoles las tripas, allí plantados en el silencio artesonado del gran salón, rumiando la opinión que de él tenían, de Georges Lapietà, pero los cuatro bien calladitos, ya que los cuatro tenían el rabo pillado por la misma chequera. Deja de emperifollarte, Georges, llegas tarde. Precisamente, Ariana, eso es lo mejor del asunto. Ah, el silencio de su espera. El tintineo de las cucharillas en unas tazas en que el azúcar no se decide a deshacerse. El vaivén de sus miradas: del reloj a la puerta del gran salón. Las conversaciones frustradas, y él que no llega. Ariana, ¿y si le pides a Liouchka* que nos haga otro cafelito? Él los quería a los cuatro allí, esa había sido una condición *sine qua non*. Ellos o la rueda de prensa, ese era el trato. ¿Y por qué no la rue-

da de prensa? *Why not?*, de hecho. ¡Pues porque en la rueda de prensa habría explicado públicamente a qué venía el cheque! Porque les habría dado a los periodistas la receta completa del acuerdo. No, ¿verdad? Pues eso. Además, tenía en mente un desquite más secreto. No quería perderse el careto que iban a poner cuando le entregasen el cheque, ni eso ni los cuatro apretones de manos. ¡Bien fuerte, hombre! Era capaz de obligaros a darle la mano por segunda vez. Vaya que sí. Y si la segunda vez no bastaba, os daba un besito, en público, un besito bien sonoro que iba a dejaros en la mejilla un pequeño rastro de saliva ideal para una buena foto, como una baba de caracol. Discreción en la entrega del cheque pero franqueza en la mirada. Entre nosotros, nada de segundas intenciones. Cinco buenos amigos, perfectamente al corriente de las reglas del juego. Y que sin duda serán llamados a trabajar juntos alguna otra vez. Sí, sí, vosotros veréis. Ah, y otra cosa. Dejadles también un recuerdo olfativo. ¡Que se vayan bien bañaditos en el perfume de su *after-shave*! ¡Así que apretad esas manos! ¡Mejor un buen abrazo! Un *abraço* a la brasileña, barriga contra barriga y golpecitos en la espalda. Y sus cuatro trajes a medida listos para el cubo de la basura. Tuc, me buscas el *after-shave* más... el más... inolvidable... de esos tipo jarbe... bien azucarado... el más... vulgar... el más tenaz en su vulgaridad... te he criado bien, ya sabes lo que dicen por ahí... ten en cuenta su idea de la vulgaridad... ¡Eso es! Una bañera entera.

Semanas de preparación. Y ahora otro cafelito más. Georges, déjate de cafés, mejor sería que salieses ya, ¡en serio! Y alíciate antes de irte, es más prudente. Ariana, te juro que no hay prisa, tienen tiempo... Y en cuanto a mear, ya mearé al volver, será mucho mejor.

La cuestión del coche estaba arreglada desde hacía tiempo. ¡No, el Aston Martin no, ni chófer tampoco! Bermudas, caña de pescar y... Tuc, ¿me dejas tu carro? Gracias. Tienes una semana para enguarrarlo como Dios manda.

Llegar en el coche de su hijo. Un hijo que no quiere deberle nada a su padre tiene a la fuerza un coche pintoresco. Por lo menos, pintoresco para quienes esperan que llegues nada menos que a un patio de honor mientras miran a través de las cortinas de una ventana renacentista.

Y ese es el punto en que estamos. Con Georges Lapietà metido en un Clio asmático, completamente ridículo con sus bermudas, su vieja caña de pescar y su *after-shave*; en un carro de chavalito con unas ventanillas que ya no se abren y ese deseo de epatar que nunca lo ha abandonado... Una risa... Todo un parásito atrapado en su tierna infancia... Y sin embargo un hombre endiabladamente serio. ¡Una de las quince carteras más importantes de Europa, nada menos!

—Tú y tus vaciles —le decía Tuc—, estás hecho un oxímoron, papá, ni más ni menos.

Dadles una educación a vuestros hijos y os acribillarán con su armamento conceptual. Aunque, precisamente Tuc... lo que era acribillar... Fue él quien le puso ese apodo a su hijo, Tuc, al verlo ayudar a las criadas tan pronto como aprendió a andar, hacerse la cama él solito, quitar la mesa sin que nadie se lo pidiese, encargarse de los pequeños arreglos de la casa, encontrar lo que unos y otros perdían. Tuc: Trabajos de Utilidad Colectiva. Y así se le quedó. A Ariana le pareció coqueto. Prefería Tuc que Mimi, Cucú, Titi o cualquiera de esas sílabas dobles tan llenecitas de ternura. Trabajos de Utilidad Colectiva... Eso es en lo que Georges Lapietà va pensando este lunes por la mañana en la calle des Archers, atrapado tras un camión de mudanzas cuyo chófer descarga las últimas cajas diciendo ya voy. Cierto que eso todavía le está retrasando más, pero Lapietà nunca ha necesitado ayuda: de pronto con prisas, se dispone a salir del Clio cuando aparece la pequeña.

Inclinada sobre él, la espátula en una mano y el detergente en la otra, se dispone a limpiar el parabrisas de Tuc. En circunstancias normales, no le hubiese permitido hacerlo. Pero con esas tetas... ¡Vaya tetas! ¡Vaya tetas, virgen santa! Está claro, no hay duda, nunca antes había visto unas tan conmovedoras. ¡Por Dios! Jamás. Dos apariciones que enseguida desaparecen, la espuma que ha cubierto la superficie del parabrisas. Se pone a esperar el primer golpe de espátula, a esperar la resurrección de esos senos como examina uno su propia piel tras la pasada de la navaja de afeitar. Pero nada de espátula. Solo el blanco. Blanco también en el retrovisor, luego en la luna posterior, en las ventanillas. Como una especie de nata. El Clio bajo la nieve como en un cuento de invierno. Y esa sacudida. El morro del coche que se levanta. Dios mío, ¿se me llevan al depósito o qué? Su pie que pisa el freno en vano. Su mano izquierda que arranca el asa de la portezuela. Cerrada. La otra, lo mismo. Y el Clio que sube una rampa en una rodadura de cabestrante bien engrasado. Y sus falanges que se vuelven blancas alrededor del volante. Y él que siente la necesidad de gritar, combatida, de repente, por un súbito sopor... Dormir, se dice... dormir... no es el...

2

Hoy y aquí, yo, Benjamin Malaussène*, te desafío, quienquiera que seas, dondequiera que te ocultes, cualquiera que sea tu grado de indiferencia ante las cosas de este mundo, a que pases por alto, si es que puedes, la última noticia, la que acaba de salir, la buena nueva que dará que hablar a toda Francia e incendiará las redes sociales. ¡Tanto da si te escondes en lo más profundo del verano, si dispersas a tu progenie, si permites que tu compañera (Julie*, la periodista con melena de león y pechos de leyenda) vaya a cubrir los temas que le parezcan; prueba si quieres a regalarle tu móvil a un aficionado al tiro al plato, retírate a mil leguas de cualquier ciudad, aquí, en lo más alto del Vercors*, en Font d'Urle, dos mil metros por encima de todo; escoge a un amigo mudo —Robert*, por ejemplo, en temas de discreción no hay nadie mejor que él—, sal con él a hacer tu cosecha anual de arándanos, peina los matorrales en silencio, ve llenando los cubos sin pensar en nada, sin soñar siquiera en nada, en fin, manéjate con el mayor de los cuidados y toda la serenidad del mundo... porque incluso ahí, en el fondo de ninguna parte, perfectamente disuelto en ti mismo, no lograrás evitar que la última noticia te explote en los morros como un petardo del 14 de julio!

Bastará con que un perro de trineo más bien jovencito se escape de su cercado, que te vea, que recorra a galope tendido los cien metros que lo separan de ti, que te salte encima con la lengua fuera impulsado por la atávica necesidad de afecto de esa raza inepta para la soledad canina; que el susodicho husky eche por los suelos tu cubo de arándanos, esparza su contenido en un zarandeo loco y prepare antes de hora la mermelada pisoteando frenéticamente cinco horas de cosecha; que, entretanto, una oveja

descarriada se ponga a balar, que el perro se detenga, que el lobo que acecha en él levante de repente las orejas, que tú te digas protejamos a la oveja para que el pastor y el propietario del perro no se maten; que te quites el cinturón para improvisar una correa, que devuelvas el perro al cercado, que des allí con su dueño (en absoluto preocupado ni tampoco agradecido, a todo esto); su dueño, esa cascada de rastas cardenillas que hace quince años lo dejó todo para venir aquí a olvidarse; bastará eso para que su dueño, el menos comunicativo de los exiliados del interior, el más indiferente a todo cuanto sucede más allá de su campo de visión, para que ese ser absolutamente borrado te diga, levantando apenas la mirada hacia ti, demasiado ocupado protegiendo de la incipiente tramontana la hierba que se está liando a guisa de tabaco, te diga, con una voz apenas audible:

—¿Te has enterado de la última?

No vas a tener tiempo de objetar que la última siempre te deprime y ya te habrá soltado, mientras se enciende el petardo:

—Han secuestrado a Lapietà.

Lo que sucede siempre con la última es que, en cuanto a uno se la cuentan, empieza a repetirla. Siempre. Hasta a mí me sucede. O, en este caso, a Robert, ocupado en recoger mis arándanos.

—¿Le gustabas a ese perro, o qué?

Es todo lo que se le ocurre responder.

Mucho más tarde, antes de dejarme en mi casa:

—¿Te imaginas con Lapietà en tu sótano? La han jodido bien, los pobres.

—Robert, ¿qué hora es?

Me da la hora. Es la de mi cita con Maracuyá*.

—Tengo que llamar a Sumatra.

—Dale un abrazo de mi parte.

Maracuyá en Sumatra, Es Un Ángel* en Mali, y Señor Ma-laussène* en el nordeste brasileño. Mara, Mosma y Sept en los tres rincones del mundo. En otros tiempos, cuando llegaban las vacaciones, uno le endosaba los niños a su abuela, los metía en unas colonias o, si no habían currado lo que tocaba, los confinaba en las mazmorras de una academia de repaso. Desde hace diez o quince años, quien se encarga de las vacaciones es la caridad. La ONG de turno. Hasta las antípodas. Mara, Mosma y Sept, benévolos trabajadores al auxilio de hombres y bestias. Gratis. Y les gusta. Y no tienen miedo. No te preocupes, Ben, hablamos por Skype (se juntaron para regalarme el ordenador con que hacer el Skype), ¡podremos vernos mientras hablamos! Estate al tanto de la diferencia horaria, hay que conectarse en punto. Si tienes problemas con el ordenador, díselo a Julie. Y si no tienes conexión ve a casa de Robert. Venga, no tengas miedo, ¿qué va a pasarnos? ¡Ya no somos ningunos niños! ¿O acaso no nos has visto crecer? Esos vienen a ser sus argumentos. Apoyados en todo tipo de principios incuestionables. Mara, al albor de sus diecisiete años, con ese deje de certeza en la voz que ha sacado de Thérèse*: Tío, hay que pagar algo después de tanto depredar. Mamá en eso tiene razón. Además, hay que abrirse al mundo.

Para ellos soy vilmente sedentario y estoy absolutamente desprovisto de curiosidad. Un poca cosa miedoso, también, y no demasiado generoso. De vuelta de todo sin haber ido a ninguna parte.

ES UN ÁNGEL: ¡Tío, porque tú hayas pasado una juventud tan jodida no tienes por qué imponernos un arresto domiciliario!

YO: ¡Sept, tú eres demasiado angelical para andar errando por esas tierras africanas, los guerreros de la verdadera fe te van a cortar en dos!

ES UN ÁNGEL: Sería muy raro, tío, esas regiones las frecuenta menos gente que un artículo de *Le Monde*. No hay muchas posibilidades de que nos encontremos.

Y Señor Malaussène, mi propio hijo, en lo más profundo de Brasil.

SEÑOR MALAUSSÈNE: Deja de jugar a los papás, viejo, ya he volado del nido. ¡Ven a verme, si quieres! Aquí estamos cavando pozos para los sedientos.

YO: Mosma, ¿hace cuántos años que no vienes tú a verme, al Vercors?

SEÑOR MALAUSSÈNE: Desde que empecé a aburrirme, no es cosa de ayer. Te confesaré algo: cuando dejamos de ser pequeños, Sept, Mara, Verdún* y yo echábamos a suertes quién subiría allá arriba contigo.

YO: Pero si los que venían eran siempre Verdún y Sept.

SEÑOR MALAUSSÈNE: ¡Porque hacíamos trampas! Verdún pasaba de eso, del Vercors y de cualquier otro lugar. Ya la conoces, a Verdún... Y Es Un Ángel la seguía a todas partes. ¡Era su amada tía!

De esas cosas hablamos por Skype. Y a mí me toca calibrar bien mis respuestas. No revelarles a Mara que, por supuesto, está muy bien proteger a los orangutanes en sus selvas amenazadas, pero que nada detendrá la máquina de deforestar. No decirles a unos y a otros que hoy en día el paso por la ONG redentora es lo que más luce en el currículum de los postulantes a las grandes escuelas de Oxford, Berkeley, Harvard, Cambridge o Stanford, hasta el punto y a las que incluso la reina de Inglaterra envía a sus nietos a mejorar su imagen en esos palcos de platea. No decir nada sobre todo eso. Escuchar sin desanimar a la juventud. Después de todo, es lo que les toca. Dejarles disfrutar de sus ilusiones, sin desvelarles que no son más que las especias que alguien echa sobre el gran picadillo de carne financiero.

Ding dong.

Señor Malaussène.

En el pozo que cava con su equipo en lo más profundo del sertão brasileño, Mosma ha dado con piedra.

SEÑOR MALAUSSÈNE: Una capa de basalto, viejo. ¡Vamos a tener que utilizar explosivos! Mañana bajo a colocar las cargas. ¡Es el momento de tener miedo por tu único hijo!

(Desde que tengo memoria, Mosma me ha llamado «viejo». «¡Sabes perfectamente que no envejecerás nunca, viejo!»).

YO: Tú no tienes nada de único, Mosma.

No decirle a Señor Malaussène que si cava pozos en el sertão brasileño es sin lugar a dudas con la velada bendición de un latifundista que podrá jactarse de ello para solicitar el puesto de gobernador, y que una vez que haya conseguido la vara de mando, el buen hombre enviará al fondo del pozo a los campesinos resistentes. Para luego volver a taparlo.

Eso es lo que me dicen los chavales y lo que yo me callo cuando me levanto por las noches a la hora en que se encienden sus pantallas. Y eso me recuerda su tierna infancia, cuando mamá*, Clara*, Thérèse, Julie y Gervaise*, requeridas por las urgencias del momento, me los confiaban para que los durmiese. Todas las veces que me despertaban: biberones, diarreas intempestivas, confidencias imperiosas, sueños pasmosos, pesadillas abisales...

En el fondo, nada cambia.

Y eso cansa.

Acostémonos y a dormir.

Dormir...

No hay proyecto más ambicioso, aquí, cuando el viento asola la noche. Cargas nocturnas de todos los jabalíes del Vercors, ráfagas que se vuelven ataques violentos, cristales que se estremecen detrás de los postigos cerrados, todo silba, rechina, gime, restalla, Les Rochas* ululan...

¿Desde hace cuánto resiste esta casa?

Respuesta de Julie, que viene a inmiscuirse entre las sábanas:

—Un siglo y medio, Benjamin. 1882, para ser exactos.

A lo que añade, acomodándose en la cama mientras le hago la sillita:

—¿Te has enterado de la última?

Eso si la radio no se enciende por su cuenta por la presión de la última. No hablan más que de eso, todas las emisoras desconcertadas: el secuestro de Georges Lapietà. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde? Evidentemente, con todas las enemistades que se ha ido ganando Lapietà en el ejercicio de sus innumerables funciones, la montaña de conjeturas es como para perderse. Empezando por los ocho mil trescientos dos asalariados a los que acaba de echar a la calle al cerrar las filiales del grupo LAVA*, rescatadas por un euro simbólico tras prometer por activa y por pasiva que los empleos no iban a verse afectados.

«¿Es que tengo pinta de acaparador?».

(*Le Canard enchaîné* inmortalizó esta frase en un dibujo en que Lapietà devoraba a un montón de empleados que trataban de huir de su plato).

Y estas otras palabras, de cuando Lapietà cerró las empresas:

«¿Qué pasa? ¡También yo estoy en paro! En este asunto todos hemos corrido los mismos riesgos: ¡los riesgos de vivir!».

Aunque hablando de los riesgos de Georges Lapietà, a él lo esperaba uno de esos paracaídas que amortiguan un pelín el aterrizaje: veintidós millones ochocientos siete mil doscientos cuatro euros. Ese fue el importe del cheque. Acaba de saberse. Hasta ahora, el consejo de administración no había «creído oportuno hacer público este detalle». ¡22 807 204 euros! ¿Por qué ese euro de menos? Para que parezca exacto e irreprochable, supongo. Lapietà se evaporó cuando iba a embolsarse su cheque. También es cierto que, tres horas más tarde ese mismo día, el mismo Lapietà